

Diario

HÉLÈNE BERR

Traducción de Jaime Zulaika
Anagrama. 2009. 312 pp., 18 e.

El diario de Hèlène Berr (París, 1921-Bergen Belsen, 1945) no es un testimonio más sobre el Holocausto. Hay una vocación testimonial, que se esfuerza en preservar el recuerdo de las víctimas, pero no es menos importante la crónica sentimental, el relato de un amor frustrado por la guerra. "Hay una parte que escribo por deber; la otra está escrita para Jean, para mí y para él". Berr comienza su diario el 7 de abril de 1942, tras recoger un libro de poemas de Valéry, con una dedicatoria del autor: "Al despertar, tan suave la luz y tan hermoso este azul vivo".

Licenciada en literatura inglesa por la Sorbona, Berr escribe con una notable sensibilidad poética y moral. Pretende ejercer la docencia, amar sin egoísmo, ocuparse de los demás, estudiar poesía. La poesía exige renuncia y sacrificio y ofrece un cobijo a los que sufren. Con el mismo talento de Simone Weil, entiende que el sufrimiento ejerce una acción purificadora.

No hay que buscar el dolor, pero es inmoral eludirlo cuando se ensaña con los inocentes. Afortunadamente, la ignominia del colaboracionismo no afecta a todos los franceses. Cuando se impone la estrella amarilla, los judíos empiezan a soportar el desprecio y la humillación, pero también conocen la solidaridad. En sus *Diarios*, Klemperer nos habla de alemanes que estrechan la mano a los judíos en la calle. Berr nos cuenta lo mismo. Dresde o París están bajo el racismo hitleriano, pero hay quien conserva el sentido ético.

Berr es judía, pero hasta entonces no ha mostrado inquietudes religiosas. No se hace ilusiones sobre su futuro: "Sé que la muerte me espera. El que lea esto sabrá que conocía mi destino". La escritura le ha revelado que en los momentos más trágicos el ser humano se hace conciencia en estado puro, olvidando su lastre corporal. Ese fenómeno sólo acontece cuando la dignidad ha resistido todas las tentaciones. La "infelicidad de los niños judíos" es una dolorosa prueba del poder del mal. La cobardía de los católicos que se abstienen de protestar pervierte la esencia del mensaje



■ Este *Diario* es literatura de altísima calidad. Sus calidades formales surgen de una exquisita sensibilidad moral.

cristiano. No hay judíos ni gentiles, sino hombres y mujeres enfrentados al odio de una ideología obscena. Berr no pide compasión, sino comprensión, pues comprensión significa "adhesión incondicional al ser del otro", "amor fraterno", donde el Yo se funde con el Tú. Aunque no cita a Buber ni a Jaspers, Berr refleja un pensamiento profundo. Su amor hacia Jean permanece intacto. Es lo más íntimo de su ser, pero este sentimiento convive con el *ágape*, el amor a Dios, que no es amor a un Dios todopoderoso y perfecto, sino amor a un Dios frágil y afligido que llora como un padre impotente ante el espectáculo de "los niños depor-

tados, hacinados en vagones de ganado, sin agua ni comida".

Jean consigue salir de París para unirse al ejército de la Francia libre. Hèlène se niega a huir. Escoge permanecer al lado de los más vulnerables, los niños judíos. La familia Berr es deportada. Hèlène muere de tifus en Bergen-Belsen. Horrorizada, pero sin odio, conserva hasta el final la inspiración ética: "Cada cual en su pequeña esfera puede hacer algo. Y si puede *debe*". El *Diario* de Hèlène Berr es literatura de altísima calidad. Sus cualidades formales surgen de una exquisita sensibilidad moral, donde acontece el milagro de la verdadera obra de arte: la convergencia del bien y la belleza. Es imposible leerlo y no experimentar una sincera antipatía hacia figuras como Riefenstahl o Jünger, donde lo formal fracasa en la ciénaga del cinismo y la autocomplacencia.